

lectones aéreos

Gabriella
Campbell



Lectores aéreos

Gabriella Campbell

©Lectores aéreos, Gabriella Campbell, 2015

©de la portada, Humble Nations, 2015

©imagen interior, Cassandra Lee Bermúdez Birniks, 2015

Todo lo que aquí contiene el texto pertenece a su autor. Si quieres copiarlo, plagiarlo, subirlo a una página de enlaces: piensa que esto tiene derechos de autor, que alguien ha invertido horas de esfuerzo y dedicación. Si te gusta, compra o recomienda. La cultura es libre, pero los escritores tenemos hambre.

A José Antonio, que vuela conmigo

Estos no son relatos para todo el mundo, lo admito.

No escribí estos relatos para todo el mundo.

Solo los escribí para ti.

Ir a morir

—Hoy te toca a ti —dijo Pardo, y levantó la barbilla hacia la jaula más grande.

Cora masculló una barbaridad y lo odió. A Pardo, a Circo. La jaula era inmensa y en apenas unas horas el suelo se cubriría una vez más de guano. Pero no era solo eso. Tratar con las criaturas que la habitaban era peligroso. No pasaría nada si se ceñía a las medidas de seguridad, ¿pero cuándo se ceñían a las medidas de seguridad?

Nunca había tiempo. No lo había tenido en la Tierra; tampoco lo tenía ahora, en esta gran cafetera de colores que nadaba por el espacio.

—Parece que fue ayer mismo cuando la limpié —le gruñó a Pardo—. ¿Seguro que ya me toca otra vez?

Pardo se encogió de hombros. Restos de pintura reseca cayeron de su cabello sobre hombreras de color indefinible.

—La rueda de tareas no miente. Te ayudaría, pero...

—Ya, ya —dijo Cora. Apretó los dientes—. Tienes cosas más importantes que hacer. Y además no te da la gana. No te culpo. Yo tampoco te ayudaría.

Le dio la espalda, algo que solo hacía con seres humanos, nunca con mantícoras, y se dirigió hacia el cuartillo trasero que usaban como vestuario. Allí la esperaban dos sobadísimos trajes protectores, impacientes en su amarillo chillón. En teoría, la defendían de todo: desde temperaturas extremas a ácidos corrosivos. «Pero no me defenderán del olor», pensó con desagrado. El manual aseguraba que resistían a desgarros, navajazos, a la llama de un soplete, pero Cora se preguntó si servirían de algo frente a una mantícora hambrienta, cabreada o simplemente aburrida.

Estaban de peor humor ahora, estos últimos días, si eso era posible. Habían instalado a una hembra nueva, joven y apetitosa, y ningún macho había conseguido reclamarla. Se había declarado la guerra fría entre los alfa, que al parecer eran todos. La tensión bailaba entre las barreras electrificadas, saltaba entre los barrotes, y Cora sabía que solo era cuestión de tiempo que estallara la lucha. No había gran peligro de perder a ningún macho: sus pieles gruesas y su potente sistema inmunológico los defendían de lo peor, y la batalla entre ellos era con frecuencia más pose que mordisco. Aun así, una baja sería aceptable en nombre de futuras crías. Cora solo

esperaba que aquel enfrentamiento inevitable no la pillara por medio, mientras les llevaba carne o recogía porquería.

Esta era la primera hembra que conseguían después de la vieja, Cinco, que ya no tenía edad para procrear. Cinco había sido una jugada muy rastrera por parte de Berlín, que había obtenido un potente semental de unicornio a cambio, oh, sí; se habían llevado lo mejor del acervo genético. En aquel entonces no había tantos unicornios como ahora. Ahora era más fácil conseguirlos. Debía de haber algo nuevo en el aire de su planeta que los volvía juguetones como conejos; tenían tantos que en Circo estaban llegando a sortear potrillos imperfectos entre los niños de la clientela. Pero hembra estéril de mantícora era mal negocio. Alimentar y mantener a esos bichos no era tarea fácil ni barata.

Bonita tampoco era. Cora abrió con cautela la cancela principal de la jaula y se aseguró de hacer la cantidad justa de ruido: no el suficiente para parecer agresiva, pero lo bastante como para avisar de su presencia y así poder analizar sus reacciones. Repitió su mantra favorito en voz baja: «Las cosas que hago por vosotros». Las caras de los suyos, cada vez más difusas y lejanas, desfilaron por su imaginación.

Uno de los machos, una mala bestia llamada Delta, irguió una oreja y abrió un ojo, pero por lo demás no le hicieron mucho caso. Las mantícoras dormían unas dieciséis horas al día y solían estar tranquilas, pero quién sabía. El zumbido suave de la depuradora los calmaba; la pesada gravedad artificial, mayor que la de su hábitat natural, los aletargaba, pero uno no podía confiar en animales enormes con cuerpos leoninos y colas de escorpión. Las colas no preocupaban a Cora; los veterinarios vaciaban los agujones de forma periódica, no tanto por seguridad, sino para vender su veneno. Tampoco le preocupaban las grandes alas que nacían de sus hombros poderosos; lo que la inquietaba, hasta el punto de darle pesadillas algunas noches, era la fila doble de dientes que asomaba de las bocas con cada bostezo o gruñido.

Agarró el rastrillo que había junto a la puerta y comenzó a apilar porquería; las mantícoras consumían cantidades ingentes de carne a diario, pero era extraordinaria la cantidad de excremento que podían producir en apenas veinticuatro horas. Para Cora, los días en que le tocaba aquella jaula eran, nunca mejor dicho, días de mierda.

Al cabo de un rato, cuando sus botas ya estaban casi cubiertas de aquella sustancia repulsiva, notó dos ojos sobre ella. Se le colaron, como siempre, bajo todas las capas: traje protector, ropa y piel. La hembra mayor, Cinco, la estaba observando. Era raro que aquellas criaturas prestasen atención a los de limpieza; por lo general, los únicos humanos que les interesaban eran los que traían cubas de comida o alguna presa pequeña con la que entretenerse. Sin saber bien por qué, Cora se descubrió pensando en Jon y los niños, y una ola de nostalgia la cubrió. Los ojos de Cinco eran también tristes. A Cora se le ocurrió la idea caprichosa de que la mantícora también

echaba de menos a los suyos. Tampoco era tan ridículo, después de todo. Tal vez en Berlín Cinco había dejado a un macho (o dos) y a sus hijos, frutos de días más fértiles.

Nunca había pensado en las mantícoras como en algo más que criaturas peligrosas y malolientes. Le parecían un falso reclamo para Circo, una jaula más en movimiento por el espacio, de planeta en planeta, que prometía acción y emociones fuertes, y que luego no ofrecía más que animales adormilados y apestosos. El verdadero peligro, las verdaderas emociones fuertes, eran privilegio de los veterinarios y de los cuidadores, como ella y Pardo, cuando limpiaban la jaula o les lanzaban trozos grandes de carne que devoraban en un parpadeo. No eran como los grifos, aquellos primos lejanos dotados de mayor inteligencia y docilidad, capaces de aprender trucos y divertimentos con la facilidad de delfines y perros, que respondían a sus nombres y que sufrían ansiedad de separación si les cambiaban a un cuidador. Las mantícoras no. Lo único que hacían era comer y dormir.

Cora sabía algo de los procedimientos de caza de criaturas de otros planetas, sabía de los cupos y las reservas, y de los grupos ecoterroristas, pero mucho se le escapaba. Al principio le había resultado interesante. Cada raza tenía su carácter, un comportamiento propio, y ella, al igual que cualquier visitante primerizo, se admiró de la belleza y exotismo de la mayoría. Pero a fuerza de limpiar mierda y comprobar la mala baba de tantas bestias, vástagos de jaulas y vidas artificiales, su sentido de la maravilla se había transformado en resignación apática. Aunque Cinco era diferente. Cinco la había atrapado desde el primer momento. Nunca había sido tan feroz como sus compañeros, aunque eso Cora lo había atribuido a su edad avanzada. La primera vez que Cinco le mostró su expresión favorita, una mirada entre lastimera y melancólica, Cora había reaccionado con irritación. Había despertado en ella una culpabilidad que hasta entonces ni se había planteado. Cinco la había visto a través de los barrotes electrificados, en una ocasión en la que Cora y Pardo compartían un polvo rápido sobre el suelo mugriento del pasillo. Entre pelusa, briznas de paja y cagarrutas todavía calientes de las hadas que escapaban de cuando en cuando, ella y Pardo habían querido olvidar durante unos instantes todo lo que habían dejado atrás. Los ojos vivos e inteligentes de la mantícora lo habían cambiado todo.

Hasta ese momento, los encuentros con Pardo no habían sido más que desahogos, acuerdos tácitos, breves liberaciones de tensión que Cora no sentía necesidad de justificar. «Lo que pasa en Circo se queda en Circo», decían todos, como si ese espacio no contara en el universo, como si fuera un paréntesis que luego uno eliminaba de su memoria. Pero la mirada de la mantícora y su aflicción serena la habían vuelto honesta sin querer, la habían enfrentado a la verdad: que esta etapa de su vida era tan real como la anterior; que limpiar excremento de unicornio era tan tangible como cambiarle los pañales a su propio hijo, atrás, en los días que ahora recordaba como felices. En esos días, entre facturas y facturas y noches sin dormir, no

lo habían parecido tanto. Ese agobio constante, la impresión de nunca sacar la cabeza del agua, la había empujado hacia este trabajo de horas interminables y riesgos imprevisibles.

Pardo lo entendía. La lucha diaria, las mangueras de tamaño industrial y el ruido cansino y perpetuo de los animales. Su inquietud. El murmullo de la depuradora. El arranque ensordecedor de los motores cuando saltaban. Los desayunos de pastillas en la sala de empleados. Los minutos que nunca transcurrían cuando tocaba hacer inventario en Almacén Ocho. Las reuniones de empleados con alcohol de contrabando en el hangar.

Todo se aceleró el martes, cuando el reloj marcó las seis en punto de su tiempo, el que haría en la Tierra (aunque fuera de Circo el sol, algún otro sol, millones de años mayor que Cora, brillaba en rojo en vez de amarillo). Los animales estaban nerviosos y contagiaban su angustia a la tripulación. Decían los científicos que al gigante rojo no le quedaba mucho tiempo de vida, y Cora pensaba que había en él algo anticipatorio, algo hermoso y eléctrico: la tensión previa a una tormenta o el nacimiento de una supernova. Como si el sol devorase todo lo que giraba a su alrededor mientras aguardaba con nerviosismo una vida nueva.

Ese martes volvió a visitar a Cinco. Estaba tumbada, con la cabeza gacha. La nave se lanzaba ya al agujero de despegue, a punto de saltar. Durante unos segundos el suelo bajo sus pies se movió. Uno de los machos rugió, y al poco varios se unieron al lamento. No terminaban de acostumbrarse a los saltos. A decir verdad, Cora tampoco. En momentos como ese pensaba en las embarcaciones de su mundo, donde la oscilación y la marea le daban ganas de vomitar.

Pardo se lo había dicho hacía mucho, al poco de que Cora llegase a Circo, pero solo ahora recordaba lo que había explicado sobre las mantícoras y su fase vital. Con el equipo de limpieza en las manos, Pardo iba hablando y cubriendo de vapor la pared aceitosa del pasillo:

—Es un gran misterio, y supongo que por eso seguimos alimentando y manteniendo a Cinco, que ya no nos sirve de nada. —La máquina se detuvo, y Pardo sacudió la boquilla, irritado, hasta que comenzó a funcionar de nuevo—. Nunca se lo he preguntado al jefe, que me diría, y con razón, que me dedicara a mi trabajo, que él ya se dedica al suyo. Pero es que de las mantícoras sabemos poco, lo justo para alimentarlas e intentar que no nos conviertan en carne picada. Lo poco que yo sé me lo contó Joseph, el que era encargado antes que Tito. Me dijo que nadie sabe dónde van las mantícoras a morir.

—¿A morir? —había preguntado Cora, fingiendo interés, porque aquella era la época en la que todavía intentaba impresionar a Pardo. Desde entonces Cora había perdido la escasa vocación que tenía hacia los animales y hacia Pardo, pero el tedio

hacía que uno se revolcase, tarde o temprano, en la mierda de todos, animales y humanos. Era el espíritu del lugar, el alma de la nave.

Pardo había levantado una ceja poblada, un gesto que le había parecido divertido y sugerente, y que ahora le daba ganas de pegarle un puñetazo. Parecía un galán del Hollywood antiguo, una caricatura de un viejo anuncio de bebidas alcohólicas.

—Nadie ha visto morir a una mantícora de vieja. En peleas entre ellas, sí, aunque es raro; en las redes de cazadores, claro. Pero en las reservas de su planeta... Bueno, se marchan. Desaparecen.

—¿Como los perros? Dicen que van a morir lejos para que sus dueños no lo vean.

—Quién sabe.

Cora se preguntó si Pardo sería el tipo de hombre que tendría perro. De ser así, lo habría amarrado fuera, como guardián. No se lo imaginaba hablándole en tonos agudos ni dándole sobras de la mesa. Cora siempre había sido más de gatos, tal vez de ahí venía su fijación con Cinco.

«¿Dónde irán las mantícoras a morir?», volvió a preguntarse ese martes, rastrillo en mano, cubierta por el casco y el traje amarillo de protección. Perdió la mirada frente a la verja electrificada. Cinco la observaba con un interés casi científico; Cora notaba sus ojos clavados en ella como dos agujas inteligentes. No se giró a devolverle el escrutinio, sabía que no era una buena idea. Sabía que podía tomárselo como un desafío. Vieja o no vieja, Cinco seguía teniendo una hilera doble de dientes y unas garras capaces de destriparla, aun con el traje.

«¿Qué sabemos de las mantícoras?». Arrastró la porquería y formó pequeños montones que luego introduciría en bolsas especiales, resistentes al efecto corrosivo de aquella sustancia repugnante. En Circo nada se tiraba, salvo eso. El excremento de otras criaturas se aprovechaba para abonar los jardines y los sembrados, pero el de las mantícoras era tóxico. «Sabemos que forman manadas, que son las hembras las que cazan. Sabemos que comen de todo, desde carne, su manjar favorito, a pienso, verduras, piedras o incluso metal». (Uno de los visitantes había perdido, de forma inexplicable, su cámara dentro del recinto, y, antes de que los empleados pudieran reaccionar, un macho había devorado el artilugio con apetito).

No sabían mucho más. Varios académicos ilusionados, procedentes de tierras montañosas y climas suaves, habían intentado subirse a Circo para estudiarlas, pero el jefe había predicho que no tendrían estómago para resistir un viaje tan largo, tan aburrido entre salto y salto. Se cansaban, explicó Pardo, se cansaban enseguida, y el

jefe se negaba a malgastar combustible en desviarse para soltarlos en algún puerto de carga. Alguno conseguía quedarse, a pesar de todo, tras sobornar a la dirección y aguantar con paciencia las largas temporadas entre planeta y planeta. En Circo solo había espacio para empleados y turistas; solo había ocio cuando había espectadores a bordo. Los clientes consumían palomitas, acariciaban a los potrillos de unicornio, veían el espectáculo de grifos y chapoteaban en la piscina con las simpáticas crías de kraken, para luego regresar a sus casas y dormir apacibles con sus familias y sus mascotas y sus montañas y sus climas suaves, soñando con vidas paralelas que nada tenían que ver con la realidad de la nave.

Las mantícoras tampoco seguían patrones marcados. Eran las hembras las que cazaban, sí, pero no era raro que en un grupo donde predominasen los machos se invirtieran los papeles. Cora siempre pensaba que los machos tenían la mirada menos aguda, los ojos menos astutos que las hembras. Por lo general eran polígamos y, en cuanto las hembras pasaban de la edad fértil, las abandonaban por otras más prometedoras, pero también se habían observado casos de parejas monógamas, fieles hasta la vejez. Fuese como fuese, cada vez había menos cachorros en las reservas, y sus comportamientos cambiaban como en una evolución acelerada. La evolución de una raza desesperada por perpetuarse en un entorno cada vez más pequeño y amenazado.

—Son un poco como nosotros —había dicho Pardo en otro raro momento de reflexión—. Impredecibles.

—No se parecen en nada a nosotros —replicó Cora, aunque lo decía solo por llevarle la contraria. Irritar a Pardo se estaba convirtiendo en su nuevo pasatiempo.

Y seguían con el misterio de dónde iban a morir. Circo había sido el primer espectáculo ambulante que pudo sacar unas mantícoras de las reservas, el primero que había invertido en personal y seguridad para tratar ellas. Cora pensaba que allí, en una jaula cerrada, a las criaturas más viejas les sería bastante más difícil desaparecer sin dejar rastro, como ocurría en su planeta. Los que llegaron a Circo antes que ella le hablaron de las protestas animalistas que habían soportado al principio, de las manifestaciones que los habían atosigado en los primeros planetas cuando se anunció la llegada de una nave con mantícoras a bordo. «Si las conocieran, no se preocuparían tanto por su suerte», pensó.

—Tal vez las otras mantícoras las devoran —le había propuesto a Pardo—. Ya sabes cómo comen. Pueden zamparse huesos, vísceras, todo, sin dejar rastro.

—Si es así, lo veremos —contestó Pardo, mientras señalaba hacia una de las muchas cámaras que vigilaban la jaula. Pero era una esperanza inútil, ya que la cámara funcionaba mal y a ratos, otro de esos arreglos que no entraba en el presupuesto de

este semestre—. Y, además, algo quedaría. Un diente, un poco de sangre seca, un trozo de cráneo. Yo qué sé. Algo.

Cora no pensó en nada de eso a la semana siguiente, también martes, día incontable de su encierro voluntario en aquella nave ridícula, cuando abrió la cancela con un propósito ardiente y a la vez indefinido en las tripas.

—Venga, chicos, a cenar. —Vació con ademán cansado las bolsas de carne en las cubas. Olvidó que llevaba los guantes de faena e intentó rascarse, sin éxito, el cuero cabelludo. Las mantícoras la ojearon desconfiadas, como si no estuviesen muy seguras de lo que había en los comederos. Cora notó algo distinto en el ambiente, algo que hizo que retrocediera unos pasos. Todos los ejemplares la observaban, interesados, sin acercarse a la comida sobre la que solían abalanzarse.

No le gustó. Era rara aquella atención concentrada. La seriedad. Parecía algo que no se podía predecir ni controlar, algo peligroso. Cinco se acercó con la cabeza baja y la cola en lentos movimientos de balancín. Cora pensó que en la última semana había envejecido años de golpe: las canas rayaban su pelaje canela y tenía bolsas bajo los ojos. Sus alas parecían mustias, arrugadas y caídas, y las escamas de su cola estaban apagadas y secas. La mantícora levantó la mirada y a Cora se le detuvo el pulso. Jamás algo la había mirado con tanta pena. Se preguntó si estaría enferma. Habló sin querer:

—¿Qué te pasa? ¿Qué buscas?

No esperaba respuesta y no la obtuvo, claro. Pero los ojos de Cinco eran locuaces; no necesitaba un traductor.

Espiró y recuperó algo de vida. Se resistía, pero sabía que era inútil, que, de averiguar lo que necesitaba, acabaría por obedecer a la mantícora como una idiota. Cora seguía con la sensación de urgencia enterrada en el estómago; seguía con la seguridad de que había algo ineludible tras la mirada de perro apaleado, incompatible con el aspecto fiero de un gato sobredimensionado con cola de lagarto y boca homicida. Bajó la vista hacia las terribles garras de Cinco, las mismas que se habían cobrado una mano humana hacía ya años, en Berlín, cuando la mantícora dio con un estúpido que, al igual que Cora, no tuvo ganas de seguir a rajatabla las instrucciones de seguridad. Pero ahora las garras le parecían las patas abandonadas y presas de un animal que ya estaba cansado de vivir.

Miró en derredor. No había nadie más allí. Uno de los puntos más importantes del protocolo era que uno debía contar siempre con la supervisión de un encargado.

Pero si Pardo tuviera que abandonar sus tareas cada vez que algún novato entraba en una de las jaulas peligrosas, no se haría nada a bordo de la nave.

Cora se acercó a Cinco. Su cerebro le gritaba en varias voces distintas, a cada cual más alarmada, que desistiera. «A lo mejor así atraen a sus víctimas —alcanzó a pensar—, las hipnotizan». Fue entonces cuando se dio cuenta de que las demás mantícoras se habían callado. La jaula siempre estaba repleta de gruñidos, de rugidos y de un resoplido asmático propio de la raza. Pero ahora nada. Silencio. Y los ojos de todas las criaturas sobre ella. Curiosas, incluso impacientes. Como si contuvieran la respiración.

Por fin su cerebro tomó el control. La invadió la náusea. No era la primera vez: la extraña inmovilidad del interior de la nave tenía a veces ese efecto, tan repentino como inesperado. Pero ahora le llegaba con más frecuencia. Cora se preguntó si estaría desaclimatándose, volviéndose intolerante a aquella desoladora carcasa interestelar. Agarró con determinación el cubo con el que había entrado, ahora vacío de carne, y abandonó la jaula.

Tardó un mes en regresar a los barrotos. Intercambió jornadas y turnos, hizo incontables favores, rogó y suplicó para que fuesen otros los que trataran con las mantícoras. Cora no quería volver. Su propio comportamiento en la última visita, casi suicida, la aterraba. Pero sabía que tarde o temprano se quedaría sin huecos ni favores, y no le quedaban ya excusas coherentes para evadir sus obligaciones.

No era lo único que Cora evitaba como a la peste, la tormenta o algún familiar desagradable. También huía de Pardo. Debía hablar con él, por más razones de las que podía contar. No solo por motivos prácticos; él tenía derecho a saber.

Decidió lidiar con sus dos miedos a la vez y acudió a verlo una noche, mientras él alimentaba a las mantícoras.

—La semana que viene pasaremos por Ramm9 —le dijo en cuanto la vio, como si no llevaran ya diez días sin hablarse—. Es un planeta pequeño y poco civilizado, pero hay acampado un equipo de zoólogos de los nuestros. Están investigando el comportamiento social de los basiliscos. —Miró a Cora, sonriente. «Probablemente cree que estoy enfadada con él —pensó ella—, e intenta compensar»—. Uno de ellos es especialista en mantícoras y quiere venir a ver a Cinco.

Cora asintió. Apretó los dientes y se obligó a hablar.

—¿En Ramm9 hay instalaciones médicas?

Pardo arrugó el ceño. A Cora le gustaban las arrugas profundas que se le formaban en la frente cuando estaba preocupado.

—Nada avanzado, solo algunos servicios básicos. Y sus medidas de higiene brillan por su ausencia. ¿Por qué? ¿Estás enferma? ¿Por qué no vas a ver a Drew?

Drew era el médico oficial de la nave. Cora no lo soportaba. La idea de que le pusiera las manos sudorosas y frías encima hacía que se estremeciera de asco. Tomó aliento.

—Circo es una nave andrita. Su planeta de origen quedó infrapoblado después del Desastre de las Cuatro Corporaciones. Así que, por ley, ninguna de sus ciudadanas puede... —durante unos segundos no supo cómo continuar. Pardo la miraba confuso, sin entender lo que intentaba explicarle. «Léeme la mente, capullo», dijo para sí, pero la expresión de Pardo no varió—. Ninguno de los médicos sabe, ni puede, bajo pena de cárcel, practicar un aborto.

Pardo aún tardó unos instantes más en comprender. O tal vez se negaba a entenderlo. La luz se hizo en sus ojos.

—¿Estás... ?

—Sí.

—¿Segura?

Para ser un hombre inteligente, Pardo se estaba comportando como un idiota.

—Tengo una falta de dos meses. Y unos cuantos síntomas más. No es la primera vez que estoy embarazada, sé cómo es. Lo que me extraña es no haberlo sabido mucho antes.

—¿Y por qué me lo estás contando? ¿Necesitas que... ? —La voz se desvaneció, poco a poco.

El silencio. La idiotez. Oh, la idiotez. Y al fin.

—¿Y yo... ? ¿Soy yo?

—Sí, Pardo, eres tú.

—¿Estás segura? —repitió. No bromeaba. Cora sintió deseos de cruzarle la cara vacía, apagada, que ponía cuando no terminaba de creerse algo.

—Estoy segura, Pardo. —Quiso añadir «pedazo de cretino», pero se contuvo—. Solo quería que lo supieras. No voy a responsabilizarte por ello. Soy tan culpable como tú; tendría que haber tenido más cuidado. —Suspiró—. Supongo que con dos hijos en

casa, y a mi edad, me sentí segura. Jon y yo ya ni usábamos protección, y nunca... Bueno, eso no es excusa. Ha ocurrido y ya ves que no hay nada que pueda hacer al respecto. Voy a tener que parirlo.

—¿Estás segura de que no... ? —De nuevo aquella pregunta, como si Pardo dudara de su criterio o de su virtud. No había dudado las veces que la había aplastado contra la pared de la cocina, de noche, o cuando habían copulado bajo una de las naves auxiliares, gimiendo con cada rugosidad y saliente de metal que se clavaba en la carne desnuda. No, ahí no había dudado de nada.

—¿Qué propones, que me deshaga de esto con una percha de alambre? —dijo Cora, pero se arrepintió de inmediato. En la cara de Pardo parecía haber verdadero dolor por sus palabras. Tampoco ganaba nada poniéndolo en su contra. Necesitaba a alguien de su lado.

—No, no, no quería decir eso —Pardo levantó las palmas en gesto de paz—, sabes que solo quiero... Cora, dime lo que necesitas y haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte. Si no quieres que Jon se entere, puedo quedármelo yo. Lo cuidaré, te lo juro. Y sabes que los de Circo harán todo lo posible por ayudar. Acuérdate de lo que pasó con Mary.

Cora estaba aturdida. Había anticipado ira y frustración. Ni en un millón de años habría imaginado que Pardo se haría responsable. Recordó a Mary. Se había quedado embarazada de uno de los oficiales. Una chica joven. El personal de Circo se había ocupado de ella y del niño. Habían hecho una colecta para conseguirle un pasaporte nuevo hacia otro lugar; todos sabían que si regresaba a su tierra natal con el crío la lapidarían. En cierta manera, pese a las condiciones nefastas de trabajo y las exigencias draconianas, Circo cuidaba de los suyos. Había riesgos que esperaban que corrieras, como limpiar una jaula de mantícoras, pero contra el lobo que era el hombre te defendían con uñas y dientes.

—No. —Negó Cora con la cabeza—. Si todo va bien, la criatura volverá conmigo. Será difícil, y tal vez Jon no me perdone. Pero quiero que crezca en la Tierra, que juegue con sus hermanos sobre la hierba, bajo la luz del sol. ¿Recuerdas lo que era eso?

Pardo hizo un gesto de asentimiento. Ella no supo si estaba aliviado o decepcionado. Él le puso una mano en el hombro de forma incómoda, como si no supiera muy bien cómo transmitirle su apoyo.

—Han sido ya años, Cora, y aquí todo es... todo es frío y triste y huele a estiércol. —Tembló—. Frío, siempre hace frío, por mucho que nos digan que nos tienen a la temperatura idónea. La temperatura idónea para ponernos mala sangre,